

tuir á la constancia de la tradición, las continuas vacilaciones de las explicaciones vulgares, que sentaba con atrevimiento, sin inquietarse en ponerlas acordes, en un mundo preparado más que nunca á recibir semejante simiente. Algunos corazones rectos creyeron ver en él al hombre inspirado de Dios, no para destruir el dogma, sino para corregir los abusos, tanto más, cuanto chocaba la maravillosa fuerza de su talento. A los literatos les parecía que escribía con tosquedad, pero aplaudían sus ataques contra la escolástica, desacreditada ya, y contra los frailes, en quienes consideraban encarnadas la ignorancia y la pedantería.

Los primeros que le contestaron, le opusieron argumentos en forma; pero Lutero evitaba la repuesta con una chanza, excediéndolos en audacia; y exaltaba de esta manera á los estudiantes que le prodigaban aplausos, y se burlaban de sus contradictores.

Había, pues, en él más impetuosidad que fuerza; era un torrente, que lanzándose desde una gran altura, aunque poco profundo, adquiere energía en su caída, y produce gran ruido. Pero aquel ardor, aquellas invectivas, aquella intolerancia inflexible, aquel «magnífico desden de los reyes de Satanás,» le hacían popular.

Ya hemos visto siempre en la historia la fuerza normal hacerse admirar y arrastrar de los que tienen necesidad de movimiento, como los que evitan voluntariamente el trabajo de pensar por sí mismos. Los alemanes habían aprendido á odiar á los papas desde el momento en que aquellos se habían puesto en oposición con los emperadores, para impedirles confundir el orden material y el orden moral. Lisonjados, entonces, en sus sentimientos de malevolencia contra todo lo que era de allende los Alpes, contra aquellos papas que habían sustraído á sus invasores toda una civilización, se unieron al nuevo Harminio, declamaron contra las pompas y delicadezas que les eran desconocidas, y contra aquella refinada cultura de que eran incapaces.

El número de los fautores del fogoso predicador se aumentaba diariamente. A su cabeza se distinguía á Ulrico de Hutten, entonces rey de la prensa, autor de las *Epistola obscurorum virorum*. Tan valeroso en servirse de la espada

como de la pluma; peleó en campo cerrado contra cuatro franceses que habían hablado mal del emperador Maximiliano, y acompañó con un violento prefacio el opúsculo de Lorenzo Valla, sobre la donación de Constantino. Había abandonado el latín por el alemán, y concebido la idea de una asamblea anual de obispos para arreglar la Iglesia, y una constitución cristiana del imperio, á cuya cabeza estaría Carlos V. Pero las vacilaciones de este príncipe le comprometieron á dirigirse á Francisco I.

Francisco Sickingen, noble cuyas posesiones existían al lado del Rin, fué uno de los últimos en anunciar el derecho de la fuerza; se lanzaba desde su castillo de Landstuhl para reprimir con el acero las sinrazones que habían dejado impunes los tribunales. Habiendo hecho la guerra en Worms por la defensa de un simple particular, fué puesto fuera de la ley, y se sostuvo tres años sin más recursos de dinero que los que le proporcionaba el desbalijar á los mercaderes que acudían á la feria de Francfort, de tal manera, que Maximiliano se vió obligado á revocar el decreto, y tomarlo á su servicio; hubo también una voz que propuso elevarlo al imperio. Había sido uno de los primeros en adoptar el partido de Lutero, y le había ofrecido su castillo con la esperanza de evitar las trabas de las guerras privadas. Habiéndose puesto á la cabeza de mil doscientos hombres de todos los países, sitió al elector de Tréveris, y guerreó con furor contra todos los príncipes que fueron á reprimir sus salteamientos; en fin, sitiado en su fortaleza con armas cuyo uso ignoraba su caballería, fué herido y hecho prisionero en la brecha y murió poco después.

Habiase lisonjeado Lutero de tener un vigoroso apoyo en Erasmo, el hombre de más crédito de aquel tiempo, que después de haberle allanado el camino, había aplaudido sus primeros pasos, cuando tal vez no veía en la cuestión que se había suscitado más que una querrela literaria entre los idólatras de las antiguas escuelas, y los partidarios de una reforma que reclamaba mejoras. Lutero acarició aquel expediente de la fama; pero eran dos atletas demasiado orgullosos para luchar unidos. Erasmo concibió recelos de aquel fraile, que aunque lejos de igualarle como escritor elegante, se elevaba á su nivel y atraía las miradas

de toda la Alemania que había acostumbrado á fijarse en él.

No se puede alabar seguramente en Erasmo la firmeza de la fé. Animado con un vano amor de gloria, conoció que adherirse á un partido sería enajenarse el contrario, disminuir de aquella manera el tributo de elogios y admiraciones con que le gustaba henchirse y hasta comprometer su tranquilidad. No había respetado en sus burlas, ni dogmas, ni prácticas, aunque se cubriese siempre con un velo, y emplease una frase tan ambigua, para poder desdecirse en caso de necesidad; hablando mal de los frailes en general, pero escribiendo á cada uno de ellos en estilo acariciador; no perdonando á los papas, y besando los pies á Leon X, de quien recibió una pensión; poco dispuesto por lo demás á ser mártir de ninguna religión. «Lutero, escribía, nos ha dejado una doctrina saludable, de excelentes consejos. ¡Ojalá que no hubiese destruido sus efectos con errores imperdonables! Pero aun cuando no hubiera nada que reprobar en sus escritos, nunca me he sentido dispuesto á morir por la verdad. Todos los hombres no tienen valor necesario para ser mártires, y si me hubiesen experimentado con la tentación, creo que hubiera hecho lo que San Pedro.»

Picado, no obstante, de la orgullosa indiferencia que le manifestaba Lutero, no resistió al deseo de humillar á aquel rival, y se dedicó á ello, con gran regocijo de los católicos; pero conocía poco la materia, y el libro con que le amenazaba no parecía. Aunque lanzando sus tiros contra Lutero, no por eso dejaba libres á los católicos, y contestaba al vicario de los agustinos que le preguntaba: *¿Qué ha hecho, pues, ese pobre Fr. Martín para que todos se hayan desencadenado contra él?—Dos grandes pecados; ha atentado á la tiara de los papas y á la barriaga de los frailes.*

Después de haber usado muchas consideraciones, y hasta compasión con él, chanceándose sobre su pretensión de «andar sobre huevos sin romperlos,» repitiéndole que «el Espíritu Santo no es escéptico,» concluyó Lutero por lanzar una carta como sabia hacerlas, y le trató mal varias veces. Erasmo hubiera tenido una hermosa ocasión para dar libre curso á sus sarcasmos y á su poderosa risa contra aquellos milla-

res de opiniones, opuestas las unas á las otras, que pululaban entonces, contra las discordias nacidas entre los reformadores, y contra las supersticiones que iban siempre en aumento. Pero tomó, por el contrario, la cosa por el lado serio, y se dedicó á escribir una refutación teológica sobre el punto que tiene de contacto el catolicismo con el racionalismo, es decir, sobre el poder natural del hombre. Lutero había negado el libre albedrío, en lugar de asignarle límites.

Erasmo quiso adoptar un término medio, y conciliarlo con la gracia. Pero no era aquel el momento de las conciliaciones; nadie entendió aquel tratado que deja conocer el estilo de la escuela, y no pudo sostenerse contra la contestación de Lutero, llena de vigor, imágenes é ironías.

Asustado algunas veces el mismo Lutero con el incendio del que era el Erostrato, se detenía de repente y prometía someterse; pero en el momento en que Leon X le aguardaba en su recipiencia, entró de nuevo en la lid con el tratado de la *Libertad cristiana*, en el que sostuvo, no sólo la justificación sin las obras, sino la incompatibilidad de la fé con las obras, la sumisión de la criatura al demonio, y proclamó al mismo tiempo que el alma era impecable, con tal de que creyese en el Cordero que borra los pecados del mundo.

Conociendo entonces que la barca de que era piloto se encontraba próxima á zozobrar (1521), lanzó Leon X una sentencia definitiva contra Lutero y sus adherentes. El nuncio pontificio Alejandro, que testigo de los progresos de la doctrina de Lutero, había visto en todos sus escritos imágenes y canciones exparcidas contra el papa con profusión, y á los príncipes favorecer al sectario odiado de Roma, pidió su condena á la dieta de Worms. No habiendo sido escuchado, expuso en aquella asamblea la doctrina de Lutero; demostró que no se limitaba á señalar los abusos, sino que atacaba también el dogma. Razonó con fuerza y saber; ¿pero era prudente el tomar por juez de las cosas divinas á un congreso enteramente secular? La cuestión teológica llegó de esta manera á ser nacional; las dudas se pusieron ante una asamblea lega, incapaz de apreciarla, y que envanecida con esto, suscitó contra Roma mul-

titud de quejas, rogando al nuevo emperador Carlos V remediase el mal.

El elector de Sajonia se opuso á que se adoptase ninguna deliberacion sin haber oido á Lutero. En su consecuencia, se envió al *piadoso querido y honorable* doctor, un salvo-conducto en nombre del emperador, cuya autoridad se extendia sobre tantas comarcas, reinos y ducados. Muchos amigos trataron de separar á fray Martin de dar este paso; pero él quiso darlo, «áun cuando hubiese tantos diablos conjurados contra él como tejas habia en los tejados,» compuso en el camino su famoso himno, que despues fué la marsellesa de la reforma. Pudo reconocer durante aquel viaje, ó más bien aquel triunfo, cuánto se habia aumentado su faccion. Iba acompañado de un heraldo imperial; fué recibido por el gran maestro de ceremonias; la multitud que salia á su paso para verle era tan numerosa, que fué preciso introducirlo en el seno de la dieta por una puerta oculta. Al ver aquel hombre aislado y oscuro, dijo Carlos V: *No será este el que me haga ser hereje.* No conocia la omnipotencia de la opinion. Apoyado Lutero en ella, y sabiendo estar asegurada su retirada, se negó á retractarse. Como se le preguntase, sin embargo, si veia algun medio de conciliacion, contestó: *Si es una obra humana, se disipará por sí misma; si procede de Dios, nada podrá detenerla en su curso.*

Carlos V no vió nunca más que el lado político de la reforma; y como tenia entonces necesidad del papa, proscribió á Lutero y á sus adherentes. De esta manera comenzó la division entre los príncipes y los estados. En efecto, los innovadores, cuyo número era allí inmenso, pudieron, con ayuda de los privilegios alemanes, poner trabas á la autoridad imperial. Lutero habia sido á su vuelta arrebatado por el elector de Sajonia, su protector, y trasladado en contra del parecer de todo el mundo al castillo de Wartburgo, en Turingia, ménos para sustraerlo á los malos designios de sus enemigos, que para salvarlo de sus propias imprudencias.

El silencio del jefe dejó entonces en entera libertad las discordantes voces de sus prosélitos, que atacaron atrevidamente el culto respetado por él. Varios frailes agustinos de Wittenberg abandonaron la vida del claustro; los

demás hicieron una reforma pidiendo que no se dijese ya misas cotidianas (1521), y que la Eucaristia se diese bajo las dos especies; un capítulo decidió que se haria así. Carlostadt, que opinaba sobre la presencia real ideas diferentes de las de su maestro, quiso destruir, á la cabeza de los jóvenes, los restos del papado, y ya se decia la misa en lengua vulgar, y se comulgaba sin confesion. Más como era permitido á cada uno interpretar la Biblia á su gusto, sin que ni papas ni teólogos tuviesen el derecho de mezclarse en ello, no debemos admirarnos de que surgiesen tantas opiniones como cabezas habia.

En su retiro, que llamaba su Patmos, se ocupó Lutero en coordinar sus propias ideas, desparramadas hasta entonces al acaso, y preparar el símbolo de la nueva fé. Pero, incapaz de someterse á ningun método, no pudo conseguirlo. Allí fué, sin embargo, donde terminó la version de la Biblia, que es su principal obra, en la que, aunque poco versado en la lengua hebrea, su entusiasmo le produjo inspiraciones en relacion con las del texto, y pudo de esta manera reproducir la grandeza lírica, con su original sencillez. Fortificado en la soledad abandonó su asilo (1522), y se dedicó á predicar contra los desórdenes que habian estallado; restableció la subordinacion y distribuyó cien mil biblias en lengua alemana, en las cuales cada uno puede encontrar argumentos para su propia opinion. Acudió entonces á Orlemond, donde se encontraba Carlostadt, «con el objeto de aniquilar á aquel Satanás;» y Carlostadt le hizo arrojar lodo y piedras por el populacho; despues salió á su encuentro en la posada del Oso negro. En este primer concilio de los nuevos apóstoles se dijeron las más groseras injurias. Lutero ofrece un florin á su antagonista porque escriba contra su opinion. Carlostadt aceptó; y se hacen llevar vino para beber á la salud uno de ellas: ¡Ojala te vea pronto en la rueda! y la otra: ¡Ojala te rompas la cabeza antes de salir de la ciudad!

Pronto sacerdotes de mala vida, frailes que habian pronunciado votos contra su voluntad, se aprovecharon de la ocasion para sacudir toda disciplina, sin aceptar la reforma por otra causa sino porque les servia para emanciparse

de los deberes penosos, y procurarles dinero y mujer. El mismo Lutero abandonó el hábito religioso y ofreció su desierto convento al elector, quien se lo regaló. Cambió la forma del culto, prohibió la misa, y se casó con Catalina Boren, religiosa secularizada. No es necesario decir si faltaron las burlas á aquella union de un fraile con una religiosa, ni si Lutero contestó á ellas con sarcasmos y con su acostumbrada violencia.

Agriada la monja por el largo silencio y los pequeños odios del claustro, enorgullecida con poseer al reformador, y haberse atrevido á dar un paso ilegal, llegó á hacerse de carácter que-relloso; irritó á su esposo, se quejaba de las calumnias de que eran blanco, y le hizo sufrir todos los tormentos que la positiva medianía impone al hombre de genio que se une á ella. Lutero soportó aquella acritud como una cosa natural, como una cosa inevitable á las mujeres para llegar á ser madres, única funcion para lo que las hizo Dios. Sea lo que quiera, descansaba en medio de su familia de sus luchas exteriores; reia, se chanceaba, y hasta amaba despues de tantos odios. Si su Catalina gemia por los peligros que les amenazaban, le inspiraba confianza en Dios, y la contemplaba. La pérdida de una niña le arrancaba torrentes de lágrimas.

Esta mezcla de honradez y orgullo, de elegia y sarcasmo, de vigor y sutileza, se reproduce sin cesar en la vida de Lutero; áun teniendo en cuenta tiempos que no conocian absolutamente la urbanidad, ni la moderacion en las costumbres y en los discursos, disgusta el tono licencioso y bufon con que habla de las cosas y personas más elevadas. Cuando por la tarde iba á la taberna para reirse de lo que habia predicado por la mañana, se le escapaban ciertos rasgos, y existen una coleccion de ellos (*Tischredo*), dignos de una orgía de libertinos. No haríamos mencion de aquellas trivialidades, si no hubieran sido por espacio de mucho tiempo el lenguaje de sus sectarios, que aún no han perdido enteramente la costumbre. Si nos dijese que aquel era el estilo que se usaba, contestaríamos que no encontramos aquellas injurias innobles entre los jefes de los católicos, y si solamente entre algunos de aquella turba que toda causa arrastra consigo, y que no sa-

brian deshonrarla ni defenderla con utilidad.

Sin embargo, el maestro, que se burlaba de todas las preocupaciones, creia en los sortilegios, maleficios y todas las puerilidades de las buenas mujeres; ha visto en su Patmos bailar las nueces en su plato delante de él; ha oido el ruido de tres mil barricadas rodando por las escaleras del castillo, impulsadas por una mano infernal. Ha visto al *Killhroppft*, niño nacido de las potencias satánicas, sentarse en medio de sus hijos. Ha oido al diablo, cuyo paso se asemeja al chisporroteo de un haz que se acaba de echar á la lumbre. Otros huéspedes habitan en casa, y se divierten en dar vueltas al asador, á la escoba y á los utensilios domésticos. Muchas veces el diablo le ha hecho pasar malas noches; y cuando estaba muy incomodado, le hacia huir con tres palabras que la decencia no permite repetir. Cree que no puede acusar á nadie de suicidio, en atencion á que el mismo demonio prepara el lazo y el cuchillo; y que si se arrojan piedras en un pozo se despiertan los espíritus malignos que están dormidos en el fondo del agua.

Le hemos visto buscar el apoyo de los príncipes, y en efecto, se puede decir que, si las herejías subversivas de la sociedad, dadas á luz en otro tiempo, sucumbieron sin producir efecto, la suya sobrevivió porque se dirigia al absolutismo en una época en que se conocia ya la necesidad del orden. Lutero, sin embargo, no perdonaba á los que tenian el poder; y decia proverbialmente: *principem et non latronem esse vix est possibile.* «Un príncipe de buen sentido, decia, es un pájaro muy raro; más raro que un príncipe piadoso. Por lo comun son los grandes locos, ó los grandes pícaros desvergonzados de la tierra. Es preciso aguardar siempre lo peor de ellos, y rara vez alguna cosa buena, sobre todo respecto á las cosas divinas que conciernen á las almas, en atencion á que son los verdugos de Dios que su cólera emplea en castigar á los malos y en mantener la paz exterior. Nuestro Dios es un gran señor; debe, pues, tener muy nobles verdugos, y serenísimos alguaciles.» Escribió contra el duque de Brunswick un libro titulado el *Pallazo*.

Trataba en él á Carlos V de animal alemán, de loco rabioso, de soldado del papa, de ugier del diablo.

En amor propio debió lisonjearse singularmente con tener por antagonista á un rey. Enrique VIII emprendió refutar sus ideas tratándole de tonto é ignorante. «Por más que niegue el pequeño sabio que toda la comunión cristiana saluda á Roma, como á su madre, á su guía espiritual hasta en las extremidades del mundo, los cristianos separados por el Océano y por el desierto obedecen á la Santa Sede. Si este inmenso poder no lo tiene el papa por orden de Dios, ó por la voluntad del hombre, es una usurpación y un robo; que Lutero nos muestre su origen. La derivación de tan grande poder no puede ser envuelta en tinieblas; sobre todo puede recordarse la época. ¿Ha nacido hace dos ó tres siglos? Véase la historia, y léase.

Pero si este poder es tan antiguo que su principio se oculta en la noche de los tiempos, entonces debe saberse que las leyes humanas legitiman toda posesión cuyo origen no puede indicar la memoria, y que está prohibido tocar al consentimiento unánime de las naciones, á lo que el tiempo ha hecho inmutable.

«Es una rara impudencia afirmar que el papa ha fundado su derecho en el despotismo. ¿Por quién nos toma Lutero? ¿Nos cree tan estúpidos para dejarnos persuadir que un hombre sacerdote haya llegado á establecer un poder como este? ¿Qué sin objeto, misión, ni ninguna clase de derechos, ha sometido tantas naciones á su cetro? ¿Qué tantas ciudades, reinos y provincias hayan prodigado su libertad hasta el punto de reconocer la autoridad á un extranjero á quien no se le debía fé, homenaje y obediencia? Continuando de esta manera con una argumentación sólida y bien enlazada, el rey teólogo defiende contra Lutero la misa, bajo el doble aspecto dogmático de buena obra y de sacrificio. Después, cuando Lutero dice que estas palabras de Cristo, *lo que desateis en la tierra será desatado en el cielo*, se dirigían á todos los fieles, el rey abandona los silogismos, y recurre á un ejemplo histórico. «Acusado Emilio Eskuero ante el pueblo romano, por un hombre sin reputación, exclamó: *Quirites, Varus afirma y yo niego: ¿á cual de nosotros creéis?* El pueblo aplaudió y el acusador se retiró confuso. No quiero otro argumento en esta cuestión del poder de las llaves. Lutero dice que las pala-

bras de institución se aplican á los legos. San Agustín lo niega ¿á quién creéis? Lutero dice que sí, Beda que no, ¿á quién dais crédito? Lutero afirma. San Ambrosio niega, ¿á quién prestáis fé? Lutero dice que sí, y toda la Iglesia se levanta y dice que no, ¿á quién creéis.»

Lutero se desencadenó contra él «Faraón de Inglaterra, insensato, loco, cobarde, rey de paja, bobo de comedia, el más abyecto de los burros y cerdos de Santo Tomás.» ¿Cómo se atrevía á atacarle, «cuando él era el oso y el león para espanto de las testas coronadas y de los frailunos razonadores, dispuesto á romper su cerebro de hierro y su frente de bronce?» Pero apenas se le advirtió de la cólera que había excitado en el rey, le dirigió excusas tan innobles, que nos avergonzaríamos referir. También se manifestaba movible, según la pasión que le animaba, en su juicio con respecto á sus contemporáneos. Ya le hemos visto cambiar enteramente de lenguaje con Erasmo; Eck, á quien había proclamado *hombre ingenuo por su talento y erudición*, no fué pronto más que un mal teólogo y un deplorable sofista. La universidad de París, á la que había llamado *madre de las ciencias y de la santa teología*, fué, cuando perdió la esperanza de ganarla, la sentina de las herejías, la gran prostituta cubierta de lepra desde la cabeza hasta los pies; trató á sus miembros de *asini parisiensis*.

Procediendo de aquella manera, era imposible aguardar de él ni una resistencia conveniente ni una buena organización. Pero hizo una adquisición de gran importancia en Felipe Melancton, (Schwartz Erde) del Palatinado, hermoso mancebo de veintidos años, de cabello rizado, mirada tierna, dulzura inalterable, y que había recibido además una excelente educación; era hábil helenista, y comprendía toda la ventaja que podía sacar de los clásicos, parecía destinado á regularizar el ardor del reformador, de quien decía: *Tiene la cólera de Aquiles y los furros de Hércules; lo juzgo, sin embargo, mejor de lo que aparece en sus escritos*. Dispuso claramente la doctrina reformada en sus *Lugares comunes*, en donde afirma que la justificación se hacía delante de Dios solamente por la fé, y que es producida por la gracia independientemente de la voluntad del hombre

que no tiene libre albedrío y no puede merecer por sus buenas obras.

Debe buscarse más bien en los sectarios de Lutero que en él, el símbolo de su doctrina; no se debe prestar fé más que á las Santas Escrituras, sin contar con el papa, los padres, los concilios, sin sujetarse á otra cosa que al texto de la ley, que cada uno puede interpretar á su antojo; el cristianismo ha sido establecido sobre el dogma de que el hombre corrompido por el pecado original é inclinado al vicio, ha tenido necesidad de que Dios enviase á la tierra á su propio hijo para rescatarle; y de aquí los dogmas de la trinidad, de la encarnación, de la naturaleza y de la voluntad de Cristo, y de todas las que forman la esencia de la doctrina cristiana con respecto á Dios. Los herejes de los primeros siglos dirigieron contra aquellos dogmas las protestas del espíritu razonador, que repugna á las verdades incomprensibles de la fé.

Los sacramentos eran la aplicación del cristianismo al hombre; la herejía del siglo XVI se volvió contra ellos, como protesta del espíritu moral contra los abusos de la Iglesia que, decían, había multiplicado los medios de redención, aumentando el número de los sacramentos y aplicándolos á obras sin virtud, á actos sin arrepentimiento.

Lutero hizo la guerra á aquella justificación que suponía mecánica y venal; y buscando en la fé la de los cristianos, afirmó que era la única condición de salvación. Las buenas obras son de esta manera inútiles; aún más, el que se siente íntimamente convencido de que sus pecados le son perdonados, (que es en lo que consiste la fé cristiana), es incapaz de pecar más ó perder el favor de Dios. El hombre, pues, no puede recibir la gracia y la salvación sino de la sangre del Redentor; pecador é incapaz por sí mismo, nada podría si Dios no le arrancase al pecado y á la muerte. El hombre no dispone de su voluntad, y Dios es autor tanto del bien como del mal.

Establecida de esta manera la justificación por medio de la fé dada gratuitamente por Dios, resultaba en la filosofía que la gracia reemplazaba el libre albedrío del hombre; en la práctica, que los actos exteriores, las abstinencias, los votos, las oraciones para los muertos eran

cosas vanas; en el culto, que los sacramentos disponían á la salvación, pero no la conferían; excepto los que Cristo había establecido en términos claros, á saber: el bautismo, la ordenación, la cena y la penitencia. Pero la penitencia no exige la confesión; la cena, conmemoración del sacrificio verificado en el Calvario, no puede absolver ni á los vivos ni á los muertos; se hace bajo las dos especies, en las cuales Dios se encuentra presente, pero no por transustanciación; por lo demás, no hay indulgencias, misas particulares, peregrinaciones ó invocación á los santos.

Respecto al gobierno eclesiástico, ni Lutero ni los demás predicadores, para ser consecuentes, no pasaban de aconsejar y explicar al vulgo lo que podía parecer oscuro. El ministro es, pues, un hombre como los demás; no puede absolver á sus hermanos, ni diferenciarse de ellos con votos y rigores. No hay, además, unidad de poder, y el papa no es de derecho divino. La jurisdicción religiosa pertenece á los obispos, iguales entre sí bajo la dependencia de Cristo, que es su jefe, y elegidos por los príncipes.

En este estado de cosas (1524), varios príncipes habían organizado en Ratisbona una liga para extirpar la herejía de sus estados, pero introduciendo en ellos una referenda. Ocupaba entonces Adriano VI la silla pontificia; convencido por los argumentos escolásticos de las verdades reveladas, no podía creer que los protestantes estuviesen de buena fé, y sólo admitía que el rigor los había llevado hasta el exceso; educado por otra parte en países extranjeros, conocía los abusos de la corte romana, y asustó á los que le rodeaban anunciándoles su voluntad de extirpar de repente, al mismo tiempo que animaba á sus enemigos confesando los abusos y prometiendo remediarlos. Resultó de esto que la dieta de Nuremberg, formuló cien cargos que le dirigió.

¿Hubiera esto sido aún posible? Roma reconoció de hecho, en el concilio de Trento, que Lutero tenía razón en varios puntos; si hubiera, pues, corregido inmediatamente la disciplina, y sacrificado alguna de sus pretensiones puramente curiales; si no hubiera transformado en cuestiones dogmáticas las de jurisdicción, y en una palabra, si hubiese cedido volunta-

riamente lo que se vió obligada á abandonar despues, hubiera al ménos quitado el pretexto á las declamaciones. Ya hemos visto ser arrebatados los bienes de la iglesia sin cisma; con respecto á los ritos, ya se habia hecho una transaccion conciliadora con los griegos y con los hussitas; por lo que respecta á las indulgencias, no habia en discusion ningun punto absolutamente capital; y hasta entonces no estaban muy distantes unos de otros con respecto á los dogmas esenciales y misterios. Se podia, pues, esperar aún una fusion; Adriano VI y Melanchthon eran propios para producir las por su carácter.

Pero bajo este pontífice mostró Roma realmente cuán corrompida estaba. Adriano, que habia conservado con su nombre sus antiguas costumbres, llevó en su comitiva á su pobre ama de gobierno, para que le sirviera como lo habia hecho hasta entonces. Más su sencillez y exactitud en decir todos los dias la misa parecieron ridiculas en el palacio acostumbrado al género de vida de los Médicis. Aquel pontífice, que entre los suyos tenia reputacion de protector de las letras, que habia allanado los obstáculos opuestos á la fundacion del colegio *trilingüe* en Louvain, fué considerado como un bárbaro por los literatos á quienes no asalariaba. Como le mostrasen el Laocoonte, exclamó: *¡Ídolos paganos!* y separó la vista de aquellas desnudeces clásicas. No fué necesario más para que huyesen escandalizados los literatos; y Pasquino representó al papa bajo la figura de un pedagogo, administrando disciplinazos á los cardenales como á niños de escuela. Si hubiera querido suprimir las ventas simoniacas, hubiera perjudicado á los que habian comprado legalmente el derecho de hacerlas. La abolición de las supervivencias en las dignidades eclesiásticas le suscitó grandes enemistades. Como extranjero, no tenia relaciones de parentesco, y no formó otras nuevas; porque antes de dar beneficios reflexionaba mucho tiempo, y dejaba de esta manera los puestos sin proveer. No teniendo á nadie que lo sostuviese, llegó hasta exclamar: *¡Qué desgracia que haya tiempo en que el hombre mejor intencionado se vea precisado á sucumbir!*

Aquel pontífice piadoso y lleno de celo, fué, sin embargo, considerado como un mal tan

grande como la peste que existia entonces: hicieron fiestas públicas á su muerte, y se colgaron coronas á la puerta de su médico, con esta inscripcion: *Ob urbem servatam.*

Es verdad que el momento más favorable para verificar una reforma es aquel en que es imposible diferirla. Ahora bien, no se podia remediar sino con el tiempo los abusos que el tiempo habia producido; pero lejos de querer aguardar á los reformadores, procedieron con la violencia de personas que quieren destruir; y las costumbres de los ritos y de los dogmas nuevos se introdujeron en las poblaciones; los sacerdotes casados se encontraron sujetos con el doble vínculo del interés y de las afecciones, y los niños se educaron en la nuevas creencias.

### CAPITULO III.

Países bajos.—España.—Portugal.

Así como Fernando el Católico, Carlos V habia buscado en la conquista de la Italia un medio de dominar en Europa; habia dado con esto importancia á las armas españolas y sofocado la libertad. Separada ya la España del imperio procuraba conservar aquella supremacía apoyándose, no en fuerzas extranjeras, sino en su situacion y en su propio génio. Pero Felipe II, cuyo padre en vano habia procurado conciliar el amor de los alemanes y de los españoles, no obtuvo siquiera el de sus compatriotas. Lejos de tener el génio cosmopolita de Carlos, se manifestó enteramente castellano, no habló más que su lengua ni quiso otra religion ni constitucion que la española. Heredero de la mitad del mundo, caminó de prosperidad en prosperidad por espacio de cuarenta años; tuvo consejeros de una habilidad admirable, capitanes de génio y de valor á toda prueba; su infantería fué la mejor, y su marina la más poderosa que hubo en Europa. En todas partes batió á los insurrectos, conquistó á Portugal y consiguió las dos insignes victorias de Lepanto contra los turcos y de San Quintin contra los franceses. Sus inmensas colonias le proporcionaron inagotables tesoros. La literatura nacional tuvo en su reinado su siglo de oro; y sin embargo, con él comienza la declinacion del Austria y la deplorable ruina de España.

No era ya en constituir una monarquía uni-

versal en lo que pensaba, sino en inquietar á los reinos más bien que en conquistarlos. Siendo su intencion hacerse absoluto en sus estados y fuera de ellos, no por la guerra sino por las elucubraciones de la política, y volver la Europa al catolicismo con la violencia, aparece en las historias de la época como espantajo de toda libertad, y cómplice de todas las tentativas de despotismo. Extendió por Alemania, Francia é Inglaterra los millones adquiridos á precio de la efusion de sangre americana, para comprar allí torrentes de sangre cristiana. Creia fuerte su voluntad porque era obstinada, y habiéndose puesto al abrigo de los remordimientos con la devocion, se forjaba un deber á su modo. La independencia religiosa era á sus ojos un crimen de lesa majestad; por esto fué su principal aliada la Inquisicion, cuyos rigores parecian justificados ó excusados por los males que la herejía habia producido en Alemania y Francia. Como asistiese á un auto de fé, contestó á uno de los condenados que le hacia un cargo por tolerar tan bárbaro suplicio: *Se lo haria sufrir á mi hijo si fuera hereje.*

Su celo por introducir en todas partes la Inquisicion produjo la rebelion de los Países Bajos, acontecimiento el más importante de su reinado. El nombre de Holanda (*Hol land*, país sumegido), indica la naturaleza de aquella comarca, formada de la llanura que desciende al mar de Alemania, y está en varios puntos hasta bajo el nivel del mar. El hombre está allí, pues, destinado á luchar sin cesar contra la naturaleza, dirigiendo las aguas por infinidad de tarjeas para fecundar el terreno formado sobre piedra, y oponiendo poderosos diques al Océano, que en sus momentos de calma, balancea sus olas más elevadas que los techos de los industriosos habitantes. Se encuentran allí como en una ciudad sitiada sus atentos vigias, dispuestos á dar la señal de cerrar las salidas y salvarse si el terrible elemento llega á inundar algun punto. No hay año que no se abra paso por uno ú otro lado; entonces la desolacion se extiende por toda la campiña, en la que resuenan gritos de alarma y el sonido de la campaña. Todos se apresuran á apoderarse de los objetos de su afecto, cargarlos en barcas y huir, bogando por encima de las casas y jardines donde habian esperado gozar con ellos de feli-

cidad. Todos los hombres hábiles se dirigen al punto donde se ha verificado el rompimiento para oponerse á la inundacion, trabajando de dia al ardor del sol, y de noche á la claridad de mil luces, y apresurándose, con ayuda de nuevos terraplenes á rechazar al Océano hasta sus antiguos límites, para comenzar á disputarle pié por pié aquellas tierras pantanosas que amenaza continuamente con sus olas.

Inmensos diques construidos de piedras y troncos de árboles en un país donde no hay selvas ni canteras, atraviesan el territorio, donde sirven de caminos. Por otra parte, los motes de arena invaden los terrenos cultivados; pero el hombre los detiene oponiéndoles plantaciones. Los nombres terminados en *dicjk* y en *dam*, tan numerosos en aquellos puntos, indican los lugares que han salido de las aguas; y Luis Guicciardini dice que hasta 1048 la estipulacion de los contratos se hacia para el caso en que el mar no se llevase el fondo en el espacio de diez años. Añadamos que esta inundacion se renueva tres ó cuatro veces cada siglo dejando lagos donde se habian formado jardines, é islas donde flotaban navíos. Cuéntanse desde 516 hasta 1273 cuarenta y cinco sumersiones: desde esta época, las más memorables son las de 1287, 1421, 1446, 1552, 1557, 1570, 1659, 1718, 1776, y 1825. La de 1287 sepultó á ochenta mil hombres; el 48 de Noviembre de 1421, las olas se extendieron por una extensa llanura y sumergieron setenta y dos aldeas con cien mil habitantes. No quedan más que algunos islotes en el sitio donde se encontraba la ciudad de Dordrecht; en 1570 se ahogaron cien mil personas; pero despues los holandeses triunfaron de su enemiga. Sin embargo, en nuestros dias parece ha querido rebelarse, y volver á recobrar lo que le habian arrebatado; en 1776 se abrió el mar un paso de más de cien piés de ancho en la Frisa, y se emplearon todas las velas de los barcos destinados á la pesca de la ballena para cerrar las fugas de los diques. El 3 y el 4 de Febrero de 1825 acaecieron nuevos desastres: más de treinta aldeas de la Güeldre y de la Frisa fueron cubiertas por las aguas, con cuatro ó cinco mil fanegas de tierra. Dicese que perdieron la vida cincuenta y dos mil personas.

La frecuencia de los desastres hizo que se